

# Diez cosas que hicimos

(y que probablemente  
no deberíamos haber hecho)

Sarah Mlynowski

Traducción de Mercedes Núñez Salazar-Alonso

Sábado, 28 de marzo

LA MAÑANA DESPUÉS

Me desperté de golpe. Una sirena de policía.

¿La policía estaba en la puerta de mi casa? Seguro que dispuesta a arrestarme por organizar fiestas para menores, exceso de besuqueo y jacuzzi abarrotado.

Un momento.

Cerebro en posición de encendido. No, no se trataba de la poli. Lo que sonaba era mi móvil: el tono de llamada de mi padre.

Lo que era peor todavía.

Rebusqué en el futón en busca del teléfono. Allí no estaba. En cambio, noté una pierna. Una pierna de chico. Una pierna de chico encima de mi tobillo. Una pierna de chico... que no era la de mi novio.

Madre mía. Madre mía. Pero ¿qué he hecho?

*¡IIIIuuuuuIIIIuuuuIIIIuuuu!*

Arriba. El ruido de la sirena procedía del piso de arriba, la planta principal de la casa de Vi.

Tal vez si cerrase los ojos, solo un segundo... ¡No! Teléfono sonando. En la cama con uno que no era mi novio. Me las arreglé para salir del futón sin molestarle y... eh... ¿Dónde estaban mis pantalones? ¿Por qué estaba en la cama con un tío que no era mi novio y, encima, sin pantalones?

Por lo menos, llevaba ropa interior. Y una camiseta de manga larga. La única prenda de vestir al alcance de mi mano era el vestido rojo de Vi que me había puesto para la fiesta de la noche anterior.

Aquel vestido era un peligro.

Subí corriendo las escaleras con las piernas al aire. Al llegar arriba, estuve a punto de desmayarme.

Parecía una zona de guerra. Vasos de plástico vacíos esparcidos por el suelo de madera. Triángulos de maíz a medio comer, encajados en la alfombra de pelo largo cual chinchetas en un tablón de anuncios. Un lamparón enorme —¿ponche?, ¿cerveza?, ¿algo que no me convenía identificar?— ensuciaba la mitad inferior de la cortina azul pálido. Un sujetador blanco de encaje colgaba del cactus de más de un metro de altura.

Brett, que llevaba puesto un bañador surfero, se encontraba tumbado boca abajo en el sofá. Usaba el mantel de lino color púrpura a modo de manta. Zachary se había quedado dormido en una de las sillas del comedor y lucía una tiara de papel de aluminio sobre la cabeza, echada hacia atrás. La puerta que daba al patio estaba abierta... y un charco de lluvia inundaba la alfombra.

*¡IIIIuuuuIIIIuuuuIIIIuuuu!*

El teléfono sonaba más alto. Más cerca. Pero ¿dónde? ¿La encimera de la cocina? ¡La encimera de la cocina! ¡Agazapado entre un plato con colillas y una botella de licor vacía! Me abalancé sobre él.

—¿Diga?

—Feliz cumpleaños, princesa —respondió mi padre—. ¿Te he despertado?

—¿Despertarme? —pregunté mientras el corazón me tala-draba el pecho—. Claro que no. Ya son... —localicé el reloj del microondas, al otro lado de la cocina— las 9.32.

—Perfecto, porque Penny y yo casi hemos llegado.

—¿Casi habéis llegado a Nueva York? —pregunté.

—Casi hemos llegado a Westport. ¡A tu casa!

El terror me atenazó.

—¿Qué quieres decir?

Mi padre soltó una carcajada.

—Decidimos darte una sorpresa por tu cumpleaños. De hecho, fue idea de Penny.

—Un momento. ¿Hablas en serio?

—¡Pues claro que hablo en serio! ¡Sorpresa!

La cabeza me daba vueltas, sentí ganas de vomitar, y no solo por los muchos, muchísimos, definitivamente, demasiados vasos de ponche con alcohol que había consumido la noche anterior. Mi padre no podía ver aquel desastre. No, de ninguna manera.

Madre mía. Había violado las normas de mi padre en un ciento diez por ciento. Las pruebas estaban por todas partes. Burlándose de mí.

Aquello no estaba pasando. No podía estar pasando. Lo perdería todo. Si es que, después de la noche previa, me quedaba algo que perder. Di un paso y un triángulo de maíz atacó mi pie descalzo. *Ayyy*.

Mierda.

—Genial, papá —me forcé a decir—. Entonces... ¿estáis en La Guardia?

Tardarían por lo menos una hora en llegar desde el aeropuerto. ¿Podría conseguir que la casa estuviera presentable en una hora? Buscaría unos pantalones. Luego, tiraría a la basura las botellas y los vasos y las colillas. Aspiraría los triángulos de maíz y quizá también el sujetador, tal vez incluso a Brett y Zachary...

—No, acabamos de atravesar Greenwich. Llegaremos en unos veinte minutos.

¡¿Veinte minutos?!

Se oyó un gruñido desde el sofá. Brett se colocó boca arriba y dijo:

—Aquí hace un frío del carajo.

—April, no habrá un chico ahí, ¿verdad? —preguntó mi padre.

Atravesé el aire con la mano para decirle a Brett que cerrara el maldito pico.

—¿Cómo dices? ¡No! ¡Claro que no! La madre de Vi está escuchando la radio.

—Acabamos de pasar el club de campo de Rock Ridge. Por lo visto, vamos más adelantados de lo que pensaba. Llegaremos en quince minutos. Estoy deseando verte, princesa.

## 10 COSAS QUE HICIMOS

—Y yo a vosotros —respondí con voz ahogada y colgué.  
Cerré los ojos. Luego, los abrí.

Dos chicos medio desnudos en el salón. Uno de ellos con tiara.

Más chicos medio desnudos en los dormitorios.

Cien botellas de alcohol vacías.

Y la madre de Vi, ausente.

Era una princesa muerta.

# Número 1

## Mentimos a nuestros padres

TRES MESES ANTES

—¿Te gustaría terminar el bachillerato en Cleveland? —me preguntó mi padre, como si se le acabara de ocurrir, durante las vacaciones de Navidad de primero de bachillerato.

De acuerdo. Quizá no se le acababa de ocurrir.

TRES MESES, UN MINUTO Y TREINTA SEGUNDOS ANTES

—April, ¿te importa sentarte? Tenemos que hablar de un asunto importante.

Esto debería haberme dado la pista de que algo desconcertante estaba a punto de ocurrir. Pero en ese momento me encontraba demasiado ocupada con varias tareas a la vez como para captar las señales. Era jueves por la noche, las 21.55, y Marissa acababa de dejarme en casa para que cumpliera la absurda hora límite de llegada, las 22.00 (incluso durante las vacaciones de Navidad), que me habían impuesto. Me encontraba frente a la nevera, debatiendo entre elegir uvas o una manzana.

na como aperitivo nocturno y, además, contemplando la posibilidad de que el día siguiente por la noche fuera por fin el momento adecuado para hacer el amor con Noah.

Me inclinaba hacia la manzana. Aunque lo que en realidad me apetecía era tarta de chocolate rellena de mousse. Pero como Penny no probaba la comida basura, y menos aún la comida basura a base de chocolate, la posibilidad de encontrar semejante tarta en la nevera era tan alta como la de toparse con un unicornio en el jardín trasero.

Con respecto al otro tema... el que me hacía querer meterme en la cama de un salto y esconderme bajo las mantas... había llegado la hora. Estaba enamorada de Noah. Y él de mí. Ya habíamos esperado bastante. Habíamos pensado hacerlo durante las vacaciones, pero mi hermano Matthew había estado de visita hasta aquella misma mañana. Esa noche, Noah tenía que asistir a una fiesta con sus padres, y el sábado se iba de viaje a Palm Beach.

El día siguiente era el único momento. Además, mi padre y Penny tenían una cena en Hartford, a una hora de camino, lo que me proporcionaría una casa vacía desde aproximadamente las 18.00 hasta la medianoche. El sexo no duraría seis horas, ¿no?

Me figuré que duraría treinta minutos, como mucho. O una hora. O tres minutos.

Estaba preparada. ¿Verdad? Le había dicho a Noah que estaba preparada. Me había convencido a mí misma de que estaba preparada. Preparada para hacer el amor con Noah. Con Noah, a quien se le formaban hoyuelos al sonreír. Con Noah, que era mi novio desde hacía dos años.

Agarré la manzana, la lavé y le di un buen mordisco.

¿Sería una mala idea hacerlo la noche antes de que se marchara a pasar una semana en Palm Beach? ¿Y si al día siguiente me entraba el pánico y él se encontraba en la otra punta del país?

—Estás derramando agua —indicó mi madrastra, cuyos ojos se desplazaban a toda velocidad entre la ofensiva pieza de fruta y el suelo de losetas blancas—. Por favor, tesoro, ¿te importa usar un plato y sentarte? —Penny estaba obsesionada con la limpieza. De la misma forma que la mayoría de la gente lleva un móvil consigo a todas partes, Penny llevaba toallitas desinfectantes.

Tomé un plato y me senté a la mesa, frente a ellos dos.

—Bueno, ¿qué pasa?

—Y un mantel individual —añadió Penny.

Entonces llegó la intervención de mi padre:

—¿Te gustaría terminar el bachillerato en Cleveland?

La pregunta no parecía formulada en mi idioma. Para mí, carecía de sentido por completo. No pensaba ir a Cleveland. Nunca había estado en Cleveland. ¿Por qué iba a ir allí al instituto?

—¿Qué?

Mi padre y Penny, con disimulo, intercambiaron fugaces miradas y volvieron su atención hacia mí.

—Empiezo un trabajo nuevo —explicó él.

De pronto, la temperatura de la cocina se elevó a unos cuarenta grados.

—Pero si ya tienes un trabajo —repuse con lentitud. Trabajaba para un fondo de inversión libre allí mismo, en Westport, Connecticut.

—Este es un trabajo mejor —dijo él—. Un trabajo lucrativo. Muy lucrativo.

—Pero... ¿para qué necesitas dos trabajos? —mirando hacia atrás, salta a la vista que no me estaba enterando de nada. Pero es que me estaban lanzando bombas masivas de información. ¡Cleveland! ¡Trabajo nuevo! ¡Mantel individual!

—No necesito dos trabajos —repuso él muy despacio—. Por eso me voy de Torso y he aceptado el trabajo con KLJ en Cleveland.

Mi cerebro se negaba a procesar semejante información.

—¿Os mudáis a Cleveland?

—Nos mudamos a Cleveland —replicó mi padre mientras hacía un gesto con la mano derecha para abarcarnos a los tres. Mi padre, Penny. Y yo.

Me atraganté con un trozo de manzana.

¿Cómo? ¿Yo? ¿En Cleveland? No. No, no y no. No estaba pasando. Me agarré a los brazos de la silla. No pensaba mudarme. No me obligarían, no podrían obligarme a abandonar aquella silla.

—Todos nos mudamos a Cleveland —intervino Penny con voz de pito—. El tres de enero.

Diez días. ¿Querían que me mudara en diez días? Un momento. Objeción.

—Me preguntaste si me gustaría terminar el bachillerato en Cleveland. La respuesta es «no». No me gustaría.

Intercambiaron otra mirada.

—April —dijo Penny—. Mis padres han encontrado unos institutos estupendos para que tú...

Mientras parlotaba sin parar, el pánico me agarró la garganta y apretó. No estaba dispuesta a marcharme a Cleveland. No iba a abandonar mi vida. No iba a abandonar a Marissa. Ni a Vi. No iba a abandonar a Noah. No iba a abandonar Westport justo en mitad de primero de bachillerato. No iba a pasar. De ninguna manera.

—No, gracias —conseguí decir con voz chirriante, extraña.

Penny soltó una risita nerviosa y, acto seguido, añadió:

—Hemos encontrado una casa preciosa en...

Di otro mordisco a la manzana y me obligué a no escucharlos. *Lalalala*.

Si no me iba de Westport para mudarme a París con mamá y Matthew, no estaba dispuesta a mudarme a Cleveland con ellos. ¿Y por qué Cleveland? ¿Solo porque los padres de Penny vivieran allí, nosotros también teníamos que estar? ¿Era todo por culpa de ella? La cabeza me empezó a dar vueltas.

—... maravilloso, porque llegas justo a tiempo para el nuevo semestre...

—No-pien-so-mu-dar-me —declaré con tanta fuerza como fui capaz de reunir.

Me volvieron a clavar la mirada, a todas luces sin saber cómo reaccionar. Penny empezó a jugar con una esquina de mi mantel individual.

No podía marcharme. No podía, no podía. Parpadeando, traté de apartar las manchas negras que, de pronto, me bailaban ante los ojos. Tenía que existir una salida. Un escape.

—Me quedaré aquí —dije a toda prisa—. Puedo quedarme, ¿verdad? —sí. Eso era. Que se fueran ellos. Yo me quedaría. ¡*Ta-chán!* Problema solucionado.

—No puedes quedarte aquí sola, bajo ningún concepto —advirtió Penny.

Aire. Necesitaba aire.

Mi padre se inclinó hacia delante, apoyó los codos en la mesa y la barbilla en la palma de la mano.

—Vamos a alquilar la casa hasta que el mercado mejore y, luego, tenemos la intención de venderla.

—¡No la alquiléis! ¡O alquiládmela a mí! ¡Me quedaré! —no es que yo tuviera dinero. Pero era lo único que se me ocurría.

—No vas a quedarte aquí sin nosotros —dijo mi madrastra—. Eso es ridículo. Y peligroso.

Espera un segundo. Retuve el aliento, mientras la rabia apartaba el pánico a empujones. Entrecerré los ojos en dirección a mi padre, el traidor.

—¿Por eso estuvisteis los dos en Cleveland el mes pasado? Asintió con cierta timidez.

—Creí que estabais visitando a los padres de Penny. ¿Por qué no me dijiste que ibas a una entrevista de trabajo? —yo no me había enterado de nada; había pasado el fin de semana con la familia de Marissa. Menuda pardilla estaba hecha.

Otra mirada con Penny.

—No queríamos que te preocuparas.

Sí, claro, ¿por qué iba a querer un poco de tiempo para acostumbrarme a la idea? Mucho mejor lanzarme la noticia como con un muñeco de resorte, cuchillo en mano.

—¿Es que está todo decidido?

—Sí —repuso mi padre—. Me despedí ayer.

De modo que Penny, los padres de Penny y hasta la empresa de mi padre lo supieron antes que yo. Buena manera de conseguir que una hija se sienta importante. ¿Lo sabía Matthew también? ¿Lo sabía mamá?

—April, es una ciudad preciosa —dijo Penny, frotándose las manos como si se las estuviera lavando—. Me encantaba vivir allí. Y desde el punto de vista cultural es muy interesante. ¿Sabías que el Salón de la Fama del Rock está en Cleveland?

El pánico regresó.

—No puedo trasladarme —dije, luchando por respirar—. Sencillamente, no puedo.

—¿Es por Noah? —preguntó Penny.

—No, no es por Noah —por supuesto que era por él. Noah, que había llenado mi habitación con cincuenta globos de helio el día que cumplí dieciséis años. Noah, que me ayudó a transportar mis maletas y mis cajas, mal cerradas con cinta adhesiva, de casa de mi madre a la de mi padre. Noah, que tenía las manos más suaves que yo había tocado jamás. Noah, que me llamaba «monada».

Pero no se trataba únicamente de Noah. Se trataba de Marissa y de Vi y de mi vida entera. No podía dejarlo todo —ni a

todo el mundo— atrás. No podía empezar desde el principio solo con ellos dos. Mi padre y yo estábamos unidos, pero ahora él tenía a Penny, y Penny y yo... no nos relacionábamos mucho. Ella intentaba conectar, yo intentaba conectar, mi padre trataba de conectarnos; pero era como si tuviéramos transmisores portátiles en frecuencias diferentes. Si me iba con ellos a Ohio me sentiría sola. Demasiado sola.

—Conocerás a muchos otros chicos —dijo Penny.

—No es por Noah —repetí, en voz más alta, por encima del sonido de mi agitado corazón. ¿Qué iba a hacer? No podía mudarme a Cleveland al cabo de diez días, de ninguna manera. Necesitaba un plan. Y rápido. Quedaban unos cuatro segundos para que me embalaran y me arrojaran a medio camino del país—. Aquí tengo amigos. Tengo... —¿qué más tenía?—. El fútbol. El instituto —me agarraba a un clavo ardiendo, pero necesitaba que me entendieran. Solo recientemente había empezado a sentirme de nuevo asentada. No podía mudarme. Respira. Respira. Respira.

—Harás nuevos amigos. Y la temporada de fútbol ha terminado —dijo Penny mientras alargaba la mano para darme unos golpecitos aunque, luego, al parecer, decidió abstenerse—. Puedes jugar en un nuevo equipo el curso que viene, en Cleveland. Y puedes seguir en contacto con todo el mundo de por aquí.

No quería «seguir en contacto». Me sabía de memoria lo de «seguir en contacto», y lo odiaba. Y ahora tendría que hacerlo con Noah y con todos mis amigos. ¿Estaban Cleveland y

Connecticut en la misma zona horaria? ¿Dónde estaba Cleveland, exactamente?

Las manchas oscuras regresaron a las esquinas de mis ojos. Si me trasladaba a Cleveland, me despertaría por las mañanas deseando estar en Westport. Me despertaría por las mañanas en el gran agujero negro. No podía dejar que sucediera, para nada. Tenía que haber otra manera. Alguien con quien pudiera quedarme. ¿Marissa? Me incorporé en la silla. ¡Sí! Quizá. No. En teoría, su familia se alegraría de acogerme; pero en realidad no contaban con el espacio necesario. Marissa compartía habitación con su hermana. Y yo no podía dormir en la cama nido durante el resto del año, claro.

¿Noah? ¡Ja! Le quería, claro, y me llevaba bien con sus padres y hermanos; pero no estaba dispuesta a compartir el cuarto de baño con ninguno de ellos.

Y eso dejaba... a Vi.

Un momento. Ahí estaba la solución.

—¡Puedo vivir con Vi! ¡Sí, sí, sí!

—¿Quieres vivir con tu amiga Violet? —preguntó mi padre.

—¡Sí! —exclamé yo. Las costillas se me dilataron a medida que la esperanza entraba a raudales—. Puedo instalarme en casa de Vi.

—No puedes vivir con una amiga —indicó Penny, enfatizando la palabra «amiga» como si hubiera dicho «familia de anacondas».

—No es solo una amiga —me apresuré a aclarar—. Una amiga y su madre —aquello podía funcionar. Realmente podía fun-

cionar. Vi tenía una casa alucinante en Saugatuck Island, justo en el estrecho de Long Island. Desde las ventanas del cuarto de estar lo único que se veía era agua.

—No creo que mudarte a casa de otra familia sea apropiado para ti —observó mi padre—. Y dudo que la madre de Vi estuviera de acuerdo.

Bueno, pues yo no pensaba que fuera apropiado —ni tampoco justo— que ellos me sacaran del instituto a mitad de primero de bachillerato.

—A la madre de Vi le parecerá perfecto. El año pasado se ofrecieron voluntarias para acoger a un alumno de intercambio, aunque no salió bien. Suzanne es muy despreocupada.

Mi padre elevó las cejas.

—No demasiado despreocupada —me apresuré a añadir—. Además, el sótano está adaptado como dormitorio. Con su propio cuarto de baño y todo. Por lo menos, podría preguntarles, ¿no? Y luego hablaríamos más detenidamente del asunto. ¿No sería posible, al menos, considerar la idea?

Penny arrugó la nariz.

—¿Quieres mudarte a un sótano? Los sótanos son fríos y hay corrientes de aire.

—No me importa —un sótano en Westport era mejor que cualquier habitación en Cleveland.

—No sé —dijo Penny al tiempo que negaba con la cabeza.

No depende de ti, sentí ganas de decir; pero me callé. Miré a mi padre cara a cara y meforcé al máximo por mostrarme razonable, madura. Hablando con lentitud, dije:

—No tiene sentido que me mude a Cleveland ahora. Me quedan seis meses de curso. Déjame terminarlo aquí. En Hillsdale. Me encanta Hillsdale. En casa de Vi estaré perfectamente. Le encantará tenerme.

En la frente de mi padre se formó un surco.

—¡Por favor!

—¿Y qué pasa con el año que viene? ¿No está Vi en el último curso? —preguntó mi padre.

—Ocupémonos primero de este año. Si tengo que mudarme el año que viene, me mudaré el año que viene —de ninguna manera pensaba marcharme al año siguiente. Pero ¿quién sabía cómo estaría la situación para entonces? En un tiempo lejano había vivido con mi madre, mi padre y mi hermano en el número 32 de Oakbrook Road; eso también había cambiado—. ¿Quién sabe? Puede que Cleveland no te guste nada y quieras volver. O quizá Vi siga aquí el año que viene —sí, claro. Vi tenía grandes planes relacionados con universidades situadas muy, muy lejos de Westport—. ¿No podemos probar la casa de Vi este semestre? ¿Por favor? —llegado el último «por favor», los ojos se me habían cuajado de lágrimas y el labio me temblaba.

Nadie dijo una palabra.

Yo no estaba segura de qué esperar. Dudaba de que realmente me permitieran instalarme en casa de una amiga. Yo misma no me habría permitido instalarme con una amiga. Cuando la pausa se alargó, pensé que estaba condenada.

—Supongo que podríamos hablar con la madre de Violet —dijo mi padre, por fin.

Me levanté de la silla de un salto y le lancé los brazos para abrazarle.

#### PEQUEÑO CONTRATIEMPO

El jueves por la noche dejé dos mensajes en el móvil de Vi, pero no me devolvió la llamada. Debía de estar ocupada con alguna celebración. Mi familia es judía, de modo que para mí era «el día que papá me dijo que se mudaba»; pero para la mayor parte del mundo era Navidad. No le había explicado los detalles, solo que necesitaba hablar con ella.

Me llamó el día siguiente, a las 11.00.

—¿Todo bien? —preguntó—. Acabo de llamar para oír los mensajes. Mi madre se llevó mi móvil prestado ayer y no se acuerda de dónde lo dejó.

Se lo conté todo y luego contuve la respiración. ¿Y si resultaba que Vi no me quería en su casa?

—¡Pues claro que puedes vivir conmigo! ¡Pues claro que a mi madre no le importará! ¡No puedo dejar que te mudes a Cleveland, de ninguna manera! ¡Ni hablar!

«¡Uf!». Solté aire, aliviada.

—¡Vamos a ser compañeras de casa! —chilló.

Yo habría empleado la expresión «compañeras de cuarto», pero Vi era una chica del tipo «compañeras de casa». «Compañeras de casa» tenía un toque sofisticado. «Compañeras de cuarto» era más propio de niñas pequeñas. Vi también era la clase de chica que odiaba que la llamaran «chica». Era una mujer, por Dios. Bebía vino, llevaba una melena corta negra, hacía

ejercicio por las mañanas, dirigía el periódico del instituto y leía el *New York Times* a diario. «Chica» no encajaba. Vi era lo más.

Estuvimos juntas en preescolar. En aquella época, las clases estaban mezcladas y los niños de tres y cuatro años compartían aula. Vi y yo nos hicimos amigas. Nuestras madres se hicieron amigas. Con el tiempo, Suzanne y mi madre perdieron el contacto, pero Vi y yo continuamos nuestra amistad a lo largo de los años aunque no estuviéramos ya en el mismo curso, aunque no saliéramos con la misma gente. A veces coincidíamos —como la noche de El Incidente—. Pero, por lo general, permanecíamos en nuestros respectivos círculos sociales. Aun así, siempre seguimos siendo amigas.

—Lo vamos a pasar de miedo —prosiguió.

Lo pasaríamos de miedo. Vivir con Vi y con Suzanne no sería como vivir con mi padre y con Penny.

Tomemos un segundo para comparar, ¿de acuerdo?

En mi casa, al hacer las camas, había que remeter las sábanas por las esquinas al estilo de los hospitales. Me pedían que por favor utilizara una almohada si iba a apoyarme en el cabezera de lino. Por el contrario, Vi y su madre tenían camas de agua. Nunca había visto hecha la cama de agua de Suzanne. La casa de Vi olía a incienso de canela. La mía olía a toallitas húmedas con un toque de desinfectante. Debido a El Incidente, mi hora límite de llegada a casa eran las 22.00. Suzanne no era partidaria de los toques de queda. En cualquier caso, serían difíciles de cumplir, ya que sus funciones solían alargarse hasta

las 23.00 y ella misma nunca estaba en casa antes de la 1.00 de la madrugada, como pronto.

Una comparación más entre Suzanne y mi padre: Suzanne era espontánea. Organizaba cenas improvisadas a última hora y maratones de cine por las noches. Mi padre y Penny programaban sus encuentros sexuales. Los martes y los sábados, a las 23.00. Yo procuraba estar dormida. No es que estuviera apuntado en el calendario, pero oía las canciones de Barry Manilow con la precisión de un reloj. ¿Te lo imaginas? ¡Programar el sexo! ¿Existe algo menos romántico?

De acuerdo, Noah y yo intentábamos programar el sexo —¡aquella noche?!— pero, ni que decir tiene, por razones bien distintas. No podíamos conseguir un sitio para nosotros solos automáticamente.

—Es perfecto —continuó Vi—. No tienes ni idea de hasta qué punto es perfecto. A mi madre le acaban de ofrecer el papel protagonista en la producción itinerante de *Mary Poppins*.

Me eché a reír.

—¿Tu madre va a hacer de Mary Poppins?

—Sí. Pillo la ironía.

—¿Cuánto tiempo?

—El contrato es de seis meses. La función empieza en Chicago, seis semanas, y luego se mueve por el país. Le tranquilizará que tenga a alguien con quien estar.

¡Virgen santa!

—¿Nosotras dos... en tu casa? —nosotras dos. En su casa de la playa. Sin padres.

—¡Pues claro, tía! ¿No es perfecto?

—¿A tu madre no le importa dejarte sola?

—Cariño. Encontrar trabajo es difícil hoy en día, y mi madre no se está haciendo más joven, ni más delgada. Tiene el doble de tamaño que antes. Si le ofrecen una *Mary Poppins* itinerante, acepta *Mary Poppins* itinerante.

Suzanne había sido una estrella de Broadway de nivel medio. Entonces, un británico supermono la dejó embarazada. Luego, el británico supermono la abandonó por una australiana supermona. Suzanne regresó a su casa de Westport para que su madre la ayudara a cuidar a Violet, la recién nacida. Se colocó de camarera e interpretaba teatro comunitario. Cuando Vi empezó el bachillerato, Suzanne volvió a actuar en la ciudad. Los papeles no habían sido gran cosa. Conseguir el de protagonista era algo extraordinario. Así que debería haberme alegrado por Suzanne —y me alegraba—, pero si ella iba a ser *Mary Poppins* en Chicago... yo iba a estar entre *Los Miserables* en Ohio.

Me volví a tumbar en la cama.

—Vi, mi padre no me permitirá quedarme en tu casa si tu madre no está.

Se produjo un silencio al otro extremo del teléfono.

—¿Por qué no?

—Mi padre cree firmemente en la supervisión.

—Pero ¡sería tan divertido!

—Muy divertido, sí —respondí con tristeza—. Ay, Dios, voy a tener que mudarme a Ohio —las manchas negras regre-

saban. Me cubrí los ojos con las manos—. ¿Por qué mi padre me está arruinando la vida? ¿Qué padres se levantan y se mudan a otra ciudad?

—Los míos.

Correcto.

—¿Por qué no tenemos unos padres normales?

Otra pausa.

—Quizá mi madre pueda convencer a tu padre de que nos deje intentarlo.

—Vi, mi padre *nunca* va a permitir que me quede sola contigo. No me dejará vivir sin un adulto responsable en la casa. No creo que ni siquiera sea legal.

—Yo no calificaría a mi madre de «adulto responsable», la verdad. Anoche trajo a casa a unos treinta actores, por lo menos. Todos borrachos y cantando temas de la función.

—Decirle *eso* a mi padre tampoco ayudará a resolver mi caso. Lo llevo claro. Las dos lo llevamos claro.

—No, venga ya. Explícale que no es para tanto. Mi madre le llamará cuando se despierte.

—Son las 11.00.

—Se fue tarde a dormir —Vi soltó un suspiro largo y meditabundo—. Quizá poner al teléfono a mi madre y a tu padre no sea la mejor opción. Mi madre tiende a ser comunicativa en exceso. Así que esto es lo que vamos a hacer: déjame que sea yo misma quien hable con él.

—No vas a poder convencerlo, Vi —se le daba bien, pero no hasta ese punto. El año anterior había ganado el concurso de

oratoria del instituto. Su tema había sido «Cómo ganar un concurso de oratoria». Resultó muy convincente.

—¿Y si se cree que yo soy mi madre?

—¿Cómo dices? —los dedos de los pies se me encogieron.

—Tu padre llama al teléfono fijo. Piensa que soy ella. Le digo que estoy *encantada* de que vengas a vivir con nosotras y no menciono la parte de «viajar-por-todo-el-país».

Ah.

—¿No se lo decimos, sin más?

—Exacto. Ojos que no ven...

—Ay, Dios mío, es una locura. No puedo hacer eso —la respiración se me aceleró. Yo no era la clase de persona capaz de una cosa así.

—Entonces, múdate a Cleveland.

No podía mudarme a Cleveland. En ese momento, no. Ocho días después de lo que estaba a punto de hacer con mi novio, no. A mitad de curso, no. Ni nunca.

Me escuché decir:

—¿A qué número le digo que te llame?

## EL INCIDENTE

Era el comienzo de cuarto de secundaria.

Aún no me había enterado de lo fuertes que eran los refrescos con alcohol. Sabían a limonada pero, antes de que te dieras cuenta, te habías tumbado en la playa imitando a una sirena.

Vi, Marissa, Joanna —la amiga de Vi— y yo nos habíamos emborrachado en Compo Beach. Lucy Michaels nos grabó con su iPhone y le enseñó el vídeo a su madre.

Por desgracia, la madre de Lucy era la nueva consejera de orientación pedagógica del instituto.

Después de que la señora Michaels se lo contara a nuestros padres —y les enseñara el vídeo—, he aquí lo que sucedió:

A Joanna le soltaron un sermón.

A Marissa la castigaron una semana.

La madre de Vi dijo:

—¿Y qué? No volvieron a casa conduciendo, ¿verdad?

(No lo hicimos. Dean, el amigo de Vi, nos había recogido.)

¿Y yo? Me castigaron dos semanas y, además, me pusieron las 22.00 como hora límite de vuelta a casa. Indefinidamente.

Sí, yo era la que rodaba sobre la playa afirmando ser una sirena. También era la que le había pedido a Dean que parase para poder vomitar; pero mi padre no tenía testimonio gráfico en vídeo de esa parte.

Seguramente, el hecho de que yo me hubiera mudado a casa de mi padre seis días antes no ayudó mucho.

Él y Penny mantuvieron un montón de conversaciones a puerta cerrada y entonces, por fin, quedó decidido que tenía que volver a casa antes de las 22.00 todos los días, fines de semana incluidos, para que no me metiera en más líos. Como si los líos solo ocurrieran después de las 22.00.

—¿No te das cuenta de lo peligroso que es para una chica ir vagando por ahí, borracha? —me preguntó mi padre

mientras negaba con la cabeza—. Pensaba que tenías mejor criterio.

—Lo tenía —repliqué yo—. Lo tengo —me apreté las rodillas contra el pecho y traté de desaparecer en mi cama.

La voz de mi padre estaba teñida de decepción.

—Lo que no entiendo es *por qué*. Sé que no hacías esas cosas cuando vivías con tu madre. Al menos, eso espero.

—No lo hacía —respondí yo, lo cual era verdad. Siempre había sido buena. Había probado el alcohol, claro; pero aquella noche en Compo Beach había sido la primera vez que me pillé una tajada.

—Entonces, ¿por qué ahora?

¿Porque la idea nos había parecido divertida? ¡Playa! ¡Refrescos con alcohol! ¡Sirena! Además, estaba furiosa con Noah (por culpa de «el asunto Corinne») y quería demostrarle que era capaz de pasar una noche loca y divertida sin él.

—No lo sé —respondí—. Lo siento, papá.

—Penny piensa que quieres llamar la atención porque estás indignada con tu madre por haberse marchado.

Negué con la cabeza, si bien no llegué a responder.

#### POR QUÉ LUCY MICHAELS SE CHIVÓ DE NOSOTRAS

¿Quién sabe? Siempre iba por ahí sola, clavando la vista en la gente. Tenía unos ojos enormes azul marino que jamás parpadeaban. Podías observarla en clase durante quince minutos y aquellos párpados no aleteaban. En el momento de El Incidente estaba en cuarto de secundaria, igual que yo, aunque ella acababa de mudarse a Westport y yo siempre había vivido allí.

Chivarse de nosotras la primera semana de su comienzo en Hillsdale no fue una estrategia brillante para hacer amigos.

DE VUELTA A CLEVELAND

Mi padre y yo estábamos sentados en el cuarto de estar, en los extremos opuestos del sofá de ante, cuando llamó a «Suzanne».

Me moría por acercarme a él para oír lo que Vi decía, pero decidí que escuchar la conversación al completo podría ser el detonante de un paro cardíaco.

—Hola, Suzanne, soy Jake Berman, el padre de April. ¿Cómo estás? —dijo mi padre con voz estridente.

Tuve un miniinfarto incluso sin escuchar la respuesta de Vi.

—Estupendo, estupendo, me alegra mucho oírlo... —prosiguió—. Sí, gracias. Y ahora, acerca de que April se vaya a vivir con vosotras...

Las manos me empezaron a temblar como si hubiera tomado una sobredosis de café. Dado que me sentí incapaz de mantenerlas quietas, decidí que sería preferible abandonar la estancia antes que delatarme a mí misma. Si mi padre llegara a sospechar que estaba hablando con Vi en vez de con Suzanne, asunto concluido.

Me apresuré a retirarme a la cocina y traté de no escuchar su voz.

—... molestia de cualquier clase...

*La, la, la.*

—... dispondrá de una asignación para comida...

Sonaba prometedor.

—Sí, responsabilidad...

No escuches. En vez de eso, camina de un lado para otro. Sí, me dije. Camina. De un lado para otro de la cocina. Pero sin hacer demasiado ruido. Muéstrate ocupada. Muy ocupada, abriendo y cerrando la nevera. Hola, nevera. Hola, manzanas. Hola, uvas. Hola, mozzarella baja en calorías. Tal vez debería lavarme las manos. Ahogar el sonido. Dejé que el agua corriera, con ruidosa fuerza; luego, me enjaboné y me aclaré. Acto seguido, me volví a enjabonar y a aclarar. No me podía creer que estuviera haciendo aquello. Es decir, mentir a mi padre. Instalarme en casa de Vi era lo correcto, ¿verdad? ¿Y si mi padre se negaba? ¿Y si aceptaba? Cuando cerré el grifo, reinaba el silencio. Me entraron ganas de salir corriendo hacia el cuarto de estar, pero me contuve.

—¿Papá? —dije vacilando.

Sin respuesta. Ay, Dios. Se lo había imaginado. Vi se había desmoronado. Me podía dar por muerta. Me preparé antes de volver al cuarto de estar.

Estaba tecleando en su BlackBerry, pero paró al verme entrar.

—Bueno, princesa —soltó aire como si estuviera un tanto asombrado—. Por lo que se ve, si quieres, no hay problema. Puedes instalarte con ellas hasta final de curso. Suzanne ha dicho que la mejor forma de localizarla es por correo electrónico, así que le voy a enviar mi información de contacto.

¿Eso te dijo? ¿Eso estabas haciendo?

—Va a participar en una producción de *Chicago* esta primavera; se ha ofrecido a conseguirnos entradas para cuando volvamos a la ciudad.

—Qué generosa —musité.

—¿Seguro que es eso lo que quieres? —preguntó, levantando la vista para mirarme.

Cuando nuestros ojos se encontraron, caí en la cuenta de que ahora seríamos él y yo quienes tendríamos que «seguir en contacto».

«Ah».

Pero no podía mudarme a Cleveland. Simplemente, no podía. Por descontado, me entristecía que mi padre se marchara; pero, más que nada, lo que sentía era alivio. Me quedaba en Westport. Me miré las manos y respondí:

—Sí.

#### LAS NORMAS

Volví a leer el mensaje de Noah: «No veo el momento de que llegue esta noche. ¿A qué hora voy?». Entonces, contesté: «Lo siento, pero tenemos que posponerlo. Otra vez. Mi vida entera, patas arriba. ¿Y si vamos a un sitio sin complicaciones? ¿Burger Palace?». Mientras tecleaba la última palabra, mi padre llamó a la puerta, la abrió y me entregó una hoja de papel. En la parte superior se leía: LAS NORMAS.

«Luego te lo explico», tecleé a toda prisa; acto seguido, cerré mi portátil.

—Primera —comenzó mi padre, leyendo su propia copia de «las normas»—: mantendrás tus notas.

—Notas —repetí al tiempo que giraba la silla para mirarlo—. Mantenerlas. De acuerdo.

Pues claro que mantendría mis notas. Tenía un 7,8. No pensaba jugar con eso. Y menos aquel semestre, que era el más importante.

—Si tu nota media académica baja en lo más mínimo, estás en el próximo avión a Cleveland.

—Por supuesto, lo entiendo —aseguré yo.

—Siguiente —continuó—. Nada de hombres en casa.

Aleteé las pestañas.

—¿Se supone que voy a prohibir a Vi, y a Suzanne, que reciban visitas de caballeros?

Mi padre se echó a reír.

—No te pases de lista.

—Me cuesta controlarlo.

—Noah no puede entrar en tu habitación. Y nada de tú y él solos cuando no haya nadie más —también me lo tenía prohibido en nuestra casa.

—Así que la norma solo se aplica a Noah. ¿Puedo invitar a todos los demás chicos que quiera?

Enarcó una ceja.

—Papá, es broma. Nada de chicos. Y mucho menos Noah. Continúa.

—Tercera: nada de alcohol —dijo.

—Nada de alcohol —repetí yo, sonrojándome—. Me imagino que las imitaciones de sirena también están prohibidas.

Sonrió.

—Sí. Norma número cuatro: tu hora límite de llegada a casa permanecerá inalterable.

¿Me tomaba el pelo? ¿Pretendía que mantuviera mi hora de las 22.00, aunque él se fuera a vivir a otra ciudad?

—Venga ya, papá...

Sacudió la cabeza con gesto severo.

—Hablo en serio, April. Tu hora límite sigue en pie. Lo he hablado con Suzanne.

Estaba convencida de que «Suzanne» se tomaría con la máxima seriedad el cumplimiento de mi toque de queda.

—De acuerdo —acepté.

—Confío en ti, April. Sin lugar a dudas, te lo has ganado en el último año y medio.

Asentí con un gesto y traté de ignorar el complejo de culpabilidad que apareció cuando escuché el verbo «confiar».

Me rodeó los hombros con el brazo y me apretó.

—Se pueden decir muchas cosas de una persona no solo por sus éxitos, sino por cómo se enfrenta a sus dificultades. Cariño, estoy muy orgulloso de cómo has cumplido tu toque de queda. Creo recordar que nunca has llegado tarde.

—Nunca he llegado tarde —dije yo con sinceridad. Bueno, excepto cuando me quedaba a dormir en casa de Marissa. Siempre y cuando mi amiga llamara por el móvil cada pocas horas, y al llegar a casa diera a sus padres un beso de buenas noches, no tenía hora de llegada. Sus padres confiaban en ella, aunque siempre la mantenían a corta distancia. Mantenían a corta distancia a sus cinco hijos. Cenaban juntos a diario y, los viernes por la noche, la cena del sabbat incluía a los abuelos, primos y amigos más íntimos. Yo contaba con una invitación

permanente y, además, sentía un afecto especial por Dana, la madre de Marissa.

¿Eso era todo? ¿Mantener mis notas, nada de alcohol, nada de chicos y la misma hora de llegada a casa? Factible. O, al menos, falsificable.

—¿Qué hago con las compras? —pregunté—. Por ejemplo, cuando necesite ropa nueva.

Se aclaró la garganta.

—Depositaré dinero en una cuenta a tu nombre a primeros de cada mes. Doscientos dólares serán para el alquiler y otros doscientos para comestibles. Le darás el dinero directamente a Suzanne. Y habrá algo extra para ti.

—Ah —dije yo, sorprendida—. ¿Cuánto en total?

—Mil dólares al mes.

Virgen santa. ¿Estaba de broma? ¿Mil dólares al mes? Sabía que a mi padre le pagaban bien... Pero me parecía un montón de dinero.

Al ver mi cara de sorpresa, se echó a reír.

—No es para pantalones vaqueros de precio desorbitado, April. Es para alquiler, comida, libros, almuerzos en el instituto, tiempo libre, gasolina...

—¿Gasolina? ¿Para qué? —un momento—. ¿Es que voy a tener coche? —pregunté con un chillido.

Me apretó los hombros otra vez.

—No sería justo que tuvieras que depender de Violet y de Suzanne para moverte.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Gracias, gracias, gracias, gracias! —me bajé de la silla de un salto y lo rodeé con mis brazos.

—No me des las gracias a mí —me plantó un beso en la frente—. Agradéceselo a Penny. Opina que no deberías depender de otras personas para desplazarte. Se ha ofrecido a dejar aquí su coche para ti —anunció radiante—. Le compraré uno nuevo en Ohio —mi padre siempre estaba tratando de demostrarme lo mucho que Penny se preocupaba por mí. Pero si fuese verdad que se preocupaba tanto, seguramente no arrastraría a mi padre hasta Cleveland.

Aun así. Si ella era generosa, yo también.

—Gracias, Penny —dije, y sinceramente no me importaba si le compraba un coche nuevo y yo me quedaba con el Honda de diez años que Penny había tenido desde su boda con mi padre. Tenía suerte en conseguir un coche. Aunque fuera amarillo brillante y apestara a toallitas desinfectantes. Por lo menos, estaba limpio.

¡Mi propio coche! ¡Mi propia cuenta bancaria con dinero! Mi propio sótano. ¡Sin compartir pared con nadie! Me sentí la chica más afortunada del mundo, y aunque noté aquella punzada de culpabilidad... bueno, la aparté de un empujón. Muy lejos. Hasta Cleveland, por ejemplo.

—Cuento con que me envíes un informe de gastos cada mes, detallando cómo has utilizado el dinero. Será una excelente experiencia para ti. Vas a tener que aprender a ser práctica.

—Informe de gastos, claro que sí. ¿Eso es todo? —pregunté, agitando los pies—. ¿Ya estamos preparados?

—Ya estás preparada.

Una vez que mi padre hubo salido por fin de la habitación, abrí mi portátil para ver si Noah había respondido, pero no lo había hecho. Sabía que estaría decepcionado porque aquella noche no iba a ser *la* noche, pero se animaría al enterarse de la noticia. Todavía no le había contado nada en absoluto sobre Cleveland, ni sobre la casa de Vi. Había querido tenerlo todo organizado con antelación, ya que no quería que se preocupara sin motivo. Justo igual que mi padre. De tal palo, tal astilla, supongo.

Hice girar mi silla de un lado a otro. No daba crédito a lo que estaba ocurriendo. Que mi padre me dejara quedarme. Le había pedido a Suzanne que se reunieran, pero Vi le había dicho que se marchaban a Los Ángeles a pasar el resto de las vacaciones, aunque estarían de vuelta a tiempo para la mudanza; entonces, hablarían cara a cara.

No me podía creer que me dejara quedarme así, con tanta facilidad. Si yo fuera madre... bueno, no sé qué habría hecho. Sé que nunca me divorciaría. Y no es que culpe a mi padre. Aun así. Cuando me case, voy a conseguir que el matrimonio funcione.

El matrimonio es para siempre, da igual lo que tu cónyuge pueda hacer.

TÚ DICES «SOFÁ», YO DIGO «FUGA»

—Me gusta apalancarme en el sofá —le comenté a Noah.

Era sábado, un año antes, en febrero de cuarto de secundaria. Afuera hacía un frío de muerte; hasta dolía respirar. Estábamos en el sótano de su casa, en su sofá de ante marrón, tapados

con una manta de ganchillo. Yo me acurrucaba en el hueco de su brazo. Notaba en la mejilla la suavidad de su forro polar. Llevábamos dos horas sin movernos.

Se puso a jugar con un mechón de mi pelo.

—¿Y si nos quedamos aquí para siempre?

—Puede que, con el tiempo, tengamos que comer —repuse yo.

—Encargaremos algo por teléfono.

—Tendríamos que abrir la puerta —con los dedos, simulé un movimiento de marcha.

—Mis padres abrirán y nos traerán la comida.

—¿Y qué pasa con el instituto? —pregunté mientras cerraba los ojos.

—Estudiaremos en casa.

—Igual mi padre se pregunta dónde estoy.

—Le dices que nos fugamos para casarnos.

Me eché a reír.

—La caes bien, pero no hasta ese punto.

Me estrechó entre sus brazos.

—¿Te lo imaginas?

El corazón se me detuvo. Abrí los ojos.

—¿Fugarnos para casarnos?

—Sí —se giró para mirarme—. Podría estar contigo todos los días. Aquí mismo. En el sofá.

Mi cuerpo entero se sintió cálido. Seguro. Amado. Con el dedo, recorrí la distancia entre su nariz y su barbilla.

—Te quiero —dije. Una parte de mí sería capaz de hacerlo. De huir con él y casarse. Pero otra parte... otra parte de mí se

preguntó si realmente podía fiarme de alguien. Si alguien podía realmente fiarse de otra persona. Si todas las relaciones estaban condenadas al fracaso.

Aunque a Noah no podía decírselo.

—Pero... existe el pequeño inconveniente de que tenemos quince años —señalé, tratando de aligerar el ambiente.

—¿Y qué? —los ojos se le iluminaron—. Yo también te quiero. Por eso deberíamos dar el paso. ¡Sería divertido! ¡Emocionante!

—Y también ilegal. Me parece que hay que tener dieciocho años para casarse —levanté las manos por encima de la cabeza y me estiré—. También tendríamos que salir del sofá.

Apretó su palma extendida sobre la mía.

—Apuesto a que conseguiríamos que un rabino viniera aquí.

—No sé si podría casarme con unos pantalones de yoga. Quizá si fueran blancos en vez de negros...

—De acuerdo —me besó en la frente—. Yo de verdad lo haría, ¿sabes?

Me arrimé hacia la suavidad de su forro polar.

—Yo también —murmuré, y no quise soltarle.

#### LE CUENTO LA NOTICIA A NOAH

—No te vas a creer lo que está pasando —declaré en el instante mismo en el que me subí al coche de Noah.

Su pelo oscuro se veía húmedo y ondulado, justo como me encantaba. Aquella noche llevaba vaqueros grises y su cazadora

abombada amarillo fosforescente que, de alguna manera, le sentaba genial. Era delgado y, como estaba un poco acomplejado por su cuerpo —aunque no tenía por qué—, le gustaba parecer más corpulento. Me plantó un beso enorme en los labios.

—Déjame adivinar. ¿Vas a seducirme en el asiento de atrás?

—Ja, ja, ja —respondí—. No. Lo siento. Esta noche no puedo enfrentarme al sexo. Mi vida es una locura.

—Vale —repuso él con voz desconcertada y no exenta de decepción.

—Ayer, mi padre me sienta y me dice que nos mudamos a Cleveland. ¡Cleveland! No está tan lejos como Francia pero, a ver, en serio. ¿Qué les pasa a mis padres?

La sonrisa de Noah se esfumó.

—¿Te marchas?

—¿Crees que te abandonaría? Ni hablar —alargué la mano y le acaricié la rodilla con un dedo—. No me voy a ningún lado.

—Entonces, ¿no te mudas?

—No, pero ellos sí. ¡Y me dejan quedarme en casa de Vi!

—¿Vi? —se mostró un tanto conmocionado.

—¡Sí!

—¿Te vas a instalar en casa de Vi?

—¡Sí!

—¿Y qué pasa con tu padre y con Penny?

—¡Se marchan!

—Y te dejan con Vi. ¿Cuánto tiempo?

—El resto del curso. Por lo menos, el resto del curso. ¡Me quedo en Westport!

—¿Te quedas en Westport... por mí?

—¡Sí! —un momento. Más o menos. Yo lo había comentado en plan de broma, pero ahora no quería herir sus sentimientos—. Sobre todo por ti. Pero también por Marissa, y por el instituto y... ya sabes. Aquí es donde está mi vida.

Se quedó boquiabierto.

—Guau.

—¡Sí! ¡Me voy a vivir con Vi!

Noah inclinó la cabeza hacia un lado.

—April, ya sé que tienes a Vi en un altar...

«¿Qué?».

—No es verdad.

—Sí. Sí es verdad. Pero Vi es... no sé, intensa. ¿Seguro que quieres vivir con ella?

—Sí —repliqué—. Es una de mis mejores amigas. Además, en cualquier caso, no me quedan muchas opciones.

—¿No está un poco pirada la madre de Vi? —preguntó Noah.

—Qué va, es genial; pero da igual. Y aquí viene la parte más alucinante. No va a estar con nosotras. Se va a instalar en Chicago una temporada. Y luego se marcha a Tampa, o algo parecido. Aunque mi padre no lo sabe.

Noah, estupefacto, negó con la cabeza.

—¿Qué?»

Le expliqué todo el asunto a medida que mi emoción iba en aumento.

—Entonces, ¿solo estaréis tú y Vi? —dijo él una vez que hube terminado.

—Ajá.

—Es... increíble —dijo, con sus ojos verdes abiertos como platos.

—Ya lo sé.

—¿Cuándo se marchan tu padre y Penny? ¿Cuándo te instalas con Vi?

—El tres de enero, seguramente. El día que vuelves tú —odiaba el hecho de que se marchara. Odiaba que pasara Nochevieja fuera. Siempre me abandonaba en Nochevieja.

—Todo esto es de locos —comentó, rodeándome con su brazo—. Pero aun así, no entiendo por qué no podemos acostarnos en tu casa, esta noche.

Puse los ojos en blanco.

—Porque estoy de los nervios. Porque si por alguna razón mis padres nos pillaran, me obligarían a mudarme a Cleveland y nunca volvería a verte. Porque dentro de ocho días tendremos un sótano entero para nosotros solos.

Noah sonrió.

—Un sótano entero, ¿eh? Entonces, ¿podremos hacerlo en cualquier parte del sótano?

—Sí, aunque probablemente lo haremos en la cama —lo agarré por la cazadora para atraerlo hacia mí y lo besé. Sus labios eran suaves. Conocidos. Lo volví a besar, con más intensidad; luego, me aparté—. De todas formas, podemos hacer una visita a tu asiento trasero esta noche. Pero acostarnos, no. Y tampoco delante de mi casa. No puedo arriesgarme a que mis padres me separen de ti.

Me tomó de la mano.

—¿Paseo en coche y luego hamburguesa?

—Lo haremos. Bueno, no me refiero a *eso*. ¡Te quiero! —canturreé, y le soplé un beso.

—Eso me dices todo el rato —comentó de una manera que sonaba a chiste, pero yo sabía que no estaba de broma.

Parpadeé.

—¡Es que es verdad! —¿en serio podía pensar que yo posponía hacer el amor porque no le quería?

—Ya sé que me quieres —negó con la cabeza—. Yo también te quiero.

—Ocho días y soy toda tuya —repuse yo.

Noah asintió y colocó la palanca de cambios en posición «Conducir».

#### PROCESO DE CINCO PASOS PARA MENTIR A LOS PADRES

1. Crear dos cuentas falsas de correo electrónico.
2. Darle a Jake la dirección de correo falsa de Suzanne.
3. Darle a Suzanne la dirección de correo falsa de Jake.
4. Ser breve en los mensajes. Incluir detalles imprecisos.
5. Salir impune.

#### CORREOS ELECTRÓNICOS ENTRE EL VERDADERO JAKE BERMAN Y LA FALSA SUZANNE CALDWELL

**De:** Jake Berman <Jake.Berman@comnet.com>

**Fecha:** sábado, 26 de diciembre, 15:10

**Para:** Suzanne Caldwell <Suzanne\_Caldwell@pmail.com>

**Asunto:** Información de contacto

Hola Suzanne:

Esta es mi información de contacto: puedes localizarme en cualquier momento a través del correo electrónico o llamando a mi móvil: 203.555.3939.

No tengo palabras para agradecerte que acojas a April en tu casa este semestre. Con todo lo que ha ocurrido en estos últimos años, creo que se siente muy unida a Westport y a su vida aquí, así que comprendo por qué se muestra tan contraria a marcharse. Me alegro de haber llegado a esta solución. Depositaré dinero en la cuenta bancaria de April el primer día de cada mes, y ella te entregará cuatrocientos dólares en metálico para el alquiler y la comida.

Gracias, también, por asegurarte de que cumpla mis normas, sobre todo la que se refiere a respetar la hora de vuelta a casa (las 22.00). Vivimos en un mundo peligroso. Como ya sabemos, ¡los adolescentes necesitan orientación!

Saludos,

Jake

Jake M. Berman, MBA

Director financiero

KLJ & Co., Inc.

Enviado desde BlackBerry

**De:** Suzanne Caldwell <Suzanne\_Caldwell@pmail.com>

**Fecha:** domingo, 27 de diciembre, 12:15

**Para:** Jake Berman <Jake.Berman@comnet.com>

**Asunto:** RE: Información de contacto

Hola, Jake:

April es una delicia; estaremos encantadas de tenerla con nosotras. No te preocupes por nada en absoluto. Si alguna vez llega a casa un minuto después de las 22.00, me pondré en contacto contigo inmediatamente. Sin embargo, quiero comentarte que el uso del móvil no se ve con buenos ojos en el teatro. Si tienes alguna pregunta o hay algo que te preocupe, el correo electrónico es el método mejor y más rápido.

Mucha suerte con la mudanza a Cleveland,

Suzanne

CORREOS ELECTRÓNICOS ENTRE LA VERDADERA SUZANNE CALDWELL Y EL FALSO JAKE BERMAN

**De:** Suzanne Caldwell <Primadonna@mindjump.com>

**Fecha:** domingo, 27 de diciembre, 14:00

**Para:** Jake Berman <Jake.Berman@pmail.com>

**Asunto:** April

Jake,

Vi me ha pasado tu información y tengo que decirte que estoy emocionada porque April se instale en nuestra casa mientras es-

toy de viaje. Será una compañía estupenda para Vi y, con un poco de suerte, ¡se ayudarán mutuamente para no meterse en líos! Aunque Vi es muy responsable. Más responsable de lo que yo era a su edad, por descontado. Ni te imaginas los líos en los que me metí. Bueno, a lo mejor sí te lo imaginas. Para empezar, me quedé embarazada de Violet. ¡Ja, ja! Ahora en serio, ya le he dicho a Vi que no tienes que pagar alquiler de ningún tipo. ¡Soy yo quien agradece que April esté en mi casa! ¡Vi se pone de mal humor cuando pasa demasiado tiempo sola! Si te parece, podemos hacer turnos para comprar comida, o algo parecido. Llámame al móvil en cualquier momento: 203.555.9878.

¡Hasta luego!

Suzanne

-----

**De:** Jake Berman <Jake.Berman@pmail.com>

**Fecha:** domingo, 27 de diciembre, 21:10

**Para:** Suzanne Caldwell <Primadonna@mindjump.com>

**Asunto:** RE: April

Hola, Suzanne:

Gracias por tu e-mail. Enhorabuena por tu nuevo proyecto. Mary Poppins parece el papel perfecto para ti. Eres muy generosa al no solicitar dinero por el alquiler, ¡te lo agradecemos! Por supuesto, April pagará la comida y también la parte de calefacción y electricidad que le corresponda. Dejaré que Vi se encargue de las cuentas.

Da la impresión de que domina el asunto. Y no me la imagino de mal humor, siempre es un placer estar con ella. ¡Es tan inteligente, tan segura de sí misma! Deberías considerarte afortunada por tener una hija tan maravillosa. Si tienes alguna duda o preocupación, por favor, sigue en contacto conmigo a través de esta dirección de correo; es el método mejor y el más rápido para localizarme.

Un cordial saludo,

Jake

VIRGEN SANTA...

Vi era un genio perverso. Un genio perverso, malhumorado y vanidoso.